05

El análisis de la conciencia ecológica en la opinión pública: ¿contradicciones entre valores y comportamiento?

Mercedes Pardo

05 El análisis de la conciencia ecológica en la opinión pública: ¿contradicciones entre valores y comportamiento?

Mercedes Pardo

Una de las características más relevantes de las sociedades económicamente desarrolladas es la aparición y aumento de la conciencia medioambiental, de manera que, en todas las encuestas de opinión sobre valores (CIS, Eurobarómetro, European Values Surveys, World Values Surveys, sondeos de ASEP, Ecobarómetro de Navarra, Andalucía, Valencia...), sin excepción, el medioambiente se sitúa en los primeros bloques de preocupaciones sociales.

Esta conciencia ecológica de las sociedades tiene expresiones múltiples entre las que se encuentran el desarrollo de importantes movimientos sociales y políticos (Greenpeace, Ecologistas en Acción, Los Verdes, por ejemplo), así como la inclusión de la temática medioambiental en las agendas políticas nacionales e internacionales en un lugar destacado (Cumbres de la Tierra de las Naciones Unidas; Convenios Internacionales sobre Cambio Climático, Biodiversidad...). En definitiva, se puede llegar a afirmar que el medioambiente ha llegado a ser lo que Harper (2001) denomina *la quintaesencia de una narrativa global*.

Sin embargo, a pesar de ese importante desarrollo de la conciencia medioambiental, la degradación medioambiental avanza a un ritmo alto (el cambio climático, por ejemplo), lo que a menudo ha sido interpretado (Maloney y Ward 1973; Scout, Willits y Fern 1994) como que aunque los individuos expresan una alta conciencia medioambiental, en mucho menor medida se implican en comportamientos responsables con el medioambiente. Si bien es cierto que tales cambios de comportamiento son necesarios para conseguir un desarrollo sostenible, parece que esos cambios se están produciendo muy despacio, de manera que la distancia entre las actitudes y el comportamiento en el ámbito medioambiental es para muchos alarmante.

Los intentos de clarificar y explicar esta distancia (o contradicción) han sido lentos en desarrollarse, aunque en la década de los 90 empiezan a aparecer trabajos al respecto en la literatura académica. Muchos de estos trabajos se refieren, sin embargo, al desarrollo de los instrumentos de medida (encuesta básicamente) y a la crítica de las construcciones conceptuales realizadas (Stern, Dietz y Guagnano 1995), debido a los resultados conflictivos que se han encontrado sobre aspectos sociodemográfico, de actitud y de preocupación medioambiental, entre la intención de comportamiento y las medidas del

comportamiento. Stern, Dietz y Guagnano (1995) sugieren que esto se debe al fracaso en desarrollar un modelo causal de la conciencia medioambiental que sea satisfactorio. En su propuesta de un modelo al respecto, argumentan que la secuencia causal explicativa empieza en el nivel institucional de la sociedad (el paradigma social dominante, PSD) y continúa sucesivamente en los sistemas de valores, las creencias sobre el medioambiente, las intenciones del comportamiento y el comportamiento real (Fig. 1).

Figura 1 Modelo Causal de Interés Medioambiental

Fuente Tomado de Stern, Dietz y Guagnano (1995)

La mayoría de la investigación medioambiental se ha dirigido a analizar los tres niveles inferiores del modelo, y sólo recientemente se está examinando los niveles del sistema de valores e institucional.

A pesar de todo ello, la explicación de esta conciencia ecológica y su conexión con el cambio social hacia sociedades ecológicas dista de estar clara y desde luego es un asunto controvertido.

Existe bastante consenso en cuanto a la importancia de los valores medioambientales para el cambio social en las sociedades modernas contemporáneas, hasta el punto de que esos valores se consideran un prerequisito para la sostenibilidad medioambiental. Hay diferencias, sin embargo, en cuanto al liderazgo y primacía de ese cambio social.

Para las perspectivas teóricas idealistas el cambio de valores suele ir por delante del cambio social (y por tanto del comportamiento) y, por tanto, la amplia difusión del medioambientalismo en la esfera de la opinión pública y los valores de las sociedades anuncia su implantación práctica y la precede. Las perspectivas más materialistas sugieren lo contrario: que las nuevas políticas medioambientales así como los cambios en los contextos sociales en los que tiene lugar su desarrollo (Berenguer et.al. 2001) arrastran tras de sí un cambio en las creencias y valores, y finalmente en la conciencia. Ambos enfoques son válidos para el análisis de la conciencia ecológica y el cambio social medioambiental, aunque

demasiado esquemáticos, ya que ambas esferas (la de las políticas estructurales y la de los valores) se retroalimentan en las sociedades democráticas, y, además, los conflictos socioambientales se dirimen en estructuras sociales y entramados institucionales específicos (García, et. al. 2000) de cada sociedad concreta que han de tenerse en cuenta en el análisis tanto de los valores como del cambio social, y principalmente ha de tenerse en cuenta la estructura económica y evolución de la economía de una sociedad, tal como documentaron Diekmann & Franzen (1996) en su análisis comparativo entre 23 países, y Díez Nicolás (2000) para el caso de España.

Siguiendo en este nivel macro pero en términos más concretos, Inglehart (1977, 1990) interpreta el aumento de la conciencia ecológica en términos sociohistóricos, como el cambio que se produce en unas generaciones socializadas después de la Segunda Guerra Mundial en un contexto de desarrollo económico sin precedentes en la historia de la humanidad, de manera que estos individuos, al llegar a tener bastante asegurado su bienestar material, se plantean objetivos de calidad más que de cantidad, valores no necesariamente materiales, sino 'post-materialistas', como es el caso de la protección del medio ambiente entre otros. Se basa en la hipótesis de escasez, similarmente al uso de esta categoría en la ciencia económica: los individuos tienden a asignar un mayor valor a aquellas cosas que son escasas (disponibilidad limitada con respecto a su demanda) en su entorno. Así, el 'post-materialismo' está relacionado a nivel social con el nivel de desarrollo económico de las sociedades y a nivel individual con el estatus socioeconómico personal. Inglehart complementa la teoría postmaterialista con la teoría de la modernización, explicando el cambio desde los valores característicos de las sociedades tradicionales a aquellos de las sociedades modernas contemporáneas. Los siguientes gráficos, tomados de Díez Nicolás (2004) sintetizan ambas propuestas teóricas.

Figura 2 Los dos ejes del cambio social y dirección del cambio

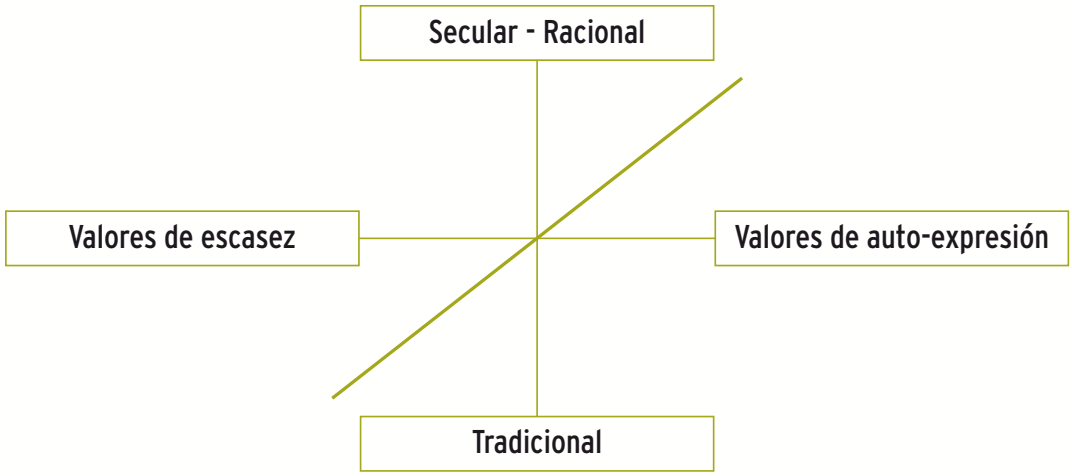


Figura 3 **El cambio de la modernización a la post-modernización**

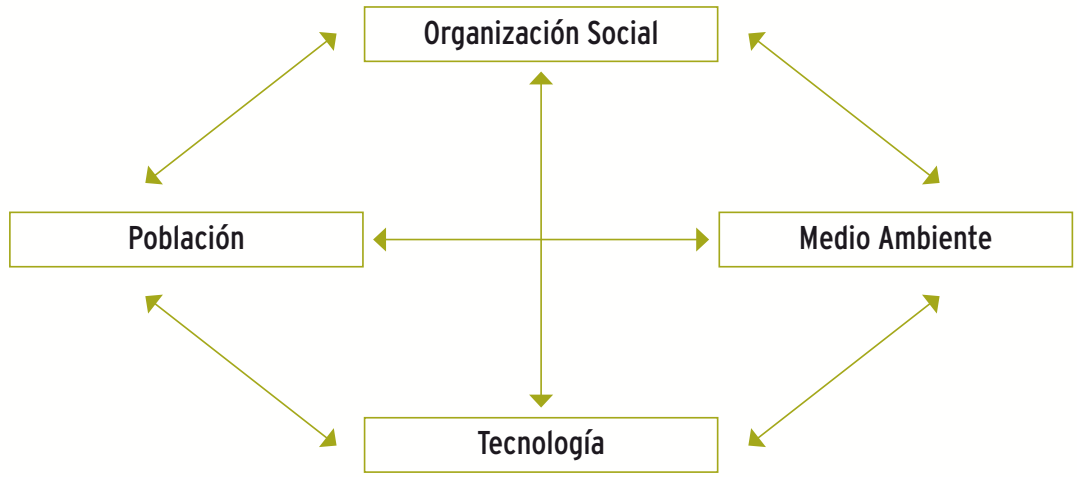
La teoría post-materialista explica la emergencia de esos nuevos valores sociales, sin embargo no queda claro por qué la preocupación por el medioambiente se ha convertido en un asunto central dentro del conjunto de nuevos valores post-materialistas. También sería preciso explicar por qué y cómo el nuevo conjunto de valores post-materialistas se transmite desde las sociedades industriales más avanzadas a otras sociedades que se encuentran en niveles más bajos de industrialización y desarrollo económico, o desde los grupos sociales mejor situados a los menos favorecidos. Díez Nicolás (2004) plantea otros marcos teóricos que pueden ayudar a comprender mejor "por qué" y "cómo" se han producido y se están produciendo esos cambios. Concretamente, considera la teoría del ecosistema social (Duncan & Schnore, 1959) y las teorías del centro-periferia (Galtung, 1976), como complemento de la teoría postmaterialista de Inglehart.

Según la teoría del Ecosistema Social, los valores y las actitudes sociales son esferas sociales que se constituyen como respuestas colectivas a las condiciones específicas (facilidades y limitaciones) del entorno, de manera que, en gran medida, son respuestas adaptativas[1] a dichas condiciones, lo que las confiere un valor instrumental. Así es que las poblaciones humanas tienen que sobrevivir median-

(1) Como enfoque teórico general, pues ha habido sociedades humanas que se han destruido antes que adaptarse. Además, esa adaptación no se debe confundir con el concepto de equilibrio ya que la sociedad estática o en equilibrio es una ideología más que una realidad.

te los recursos que encuentran en el entorno; cuando estos eran abundantes, la población tendía a crecer, y cuando escaseaban tendía a decrecer. Pero, en realidad, la adaptación humana a su entorno no es igual que en el resto de seres vivos pues su adaptación ha sido siempre cultural. El gráfico siguiente esquematiza las cuatro esferas básicas que constituyen cualquier sociedad humana, donde la cultura se desagrega (sólo a efectos analíticos) en cultura material (la tecnología) y cultura no material (la organización social, que incluye los valores y las normas sociales). Cada esfera tiene una diferente primacía respecto a las demás según las sociedades históricas, pero lo importante aquí es que siempre están interrelacionadas, de manera que un cambio en una de ellas produce un efecto en todas las demás, no sólo acumulativo sino exponencial según los casos. En el caso de los sistemas de valores, estos son a la vez causa y consecuencia de los cambios en las otras esferas del ecosistema social.

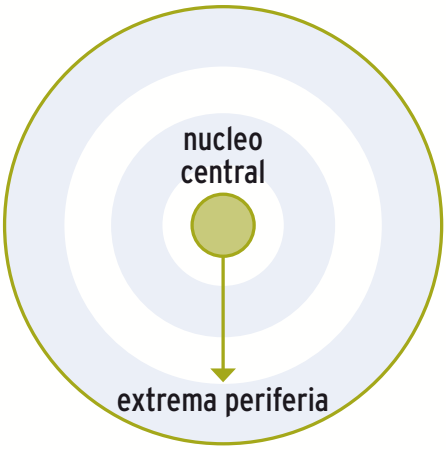
Figura 4 El Ecosistema Social



La teoría centro-periferia (Galtung, 1964; Galtung, 1976) permite explicar cómo surgen los nuevos valores sociales y cómo se difunden a través de la sociedad, y entre las sociedades (de unas a otras). El 'centro social' sería el conjunto de posiciones sociales (de nichos, no de individuos) mejor recompensadas (no sólo económicamente, sino también de prestigio social, etc.) por la sociedad, y la 'periferia social' sería lo contrario, el conjunto de posiciones sociales peor recompensadas (incluso rechazadas) por la sociedad. Díez Nicolás (2004) puntualiza que centro-periferia son aquí polos de un continuo, de manera que dentro del centro hay que distinguir todavía un grupo central, más clave en su influencia. Las ideas nuevas se originan en el centro (o, alternativamente, aunque surjan en la periferia son adoptadas por el centro o algún segmento social del centro[2]) y de allí pasan a la periferia, que las internaliza a lo largo de un cierto periodo de tiempo.

(2) El sector económico de la moda joven, por ejemplo, ha funcionado en ocasiones recogiendo nuevas tendencias en el vestir de grupos de jóvenes marginales, pertenecientes a la periferia social, con la diferencia de que el centro social aquí ha puesto esos valores de moda en el mercado, dándole así un valor añadido económico y social.

Figura 5 **Dirección de la Transmisión de Nuevos Valores Sociales desde el Centro a la Periferia**



Fuera de los análisis a nivel macro, la mayoría de los estudios sobre la conciencia ambiental se sitúan en un plano micro, del análisis de los valores, actitudes, creencias y conductas individuales, con perspectivas sicosociales sobre todo basadas en el individualismo metodológico, y concluyendo en que existe una contradicción entre lo que la gente dice que hace y lo que realmente hace, y ello se asemeja a los valores y el comportamiento. Sin embargo, y con independencia de las contradicciones que los individuos e instituciones presentan (consciente o inconscientemente) en su vida cotidiana, la explicación requiere de análisis más detallados, así como avanzar en el nivel meso escasamente considerado.

Un primer análisis crítico del estudio micro de la conciencia ambiental remite a la necesaria clarificación y delimitación conceptual. Por conciencia ecológica se refiere al grado en que los individuos y sociedades se preocupan por los problemas medioambientales y además realizan esfuerzos para resolverlos individual y colectivamente, en el sentido de una conciencia conjunta de derechos y obligaciones, que surgiría de la existencia de necesidades comunes, de similitudes, de reconocimiento de identidad. La conciencia ecológica es así un constructo compuesto por dos conceptos: conciencia y ecológica. Comenzaremos por el concepto 'ecológico' para abordar finalmente el más complejo de 'conciencia'.

Lo *ecológico* hace referencia al estudio de las relaciones entre los organismos vivos y su medio[3], y particularmente a efectos de lo que interesa en este trabajo, el estudio de las relaciones entre los grupos humanos y su medioambiente "natural" o biofísico, poniendo el énfasis precisamente en los procesos, las interacciones y las relaciones, más que en las entidades físicas *per se.* De forma más general, se caracteriza como 'ecológico' un tipo de práctica, política, producto, etc. que tiende a beneficiar al medioambiente biofisico o, al menos, o a causarle el mínimo daño.

(3) Esta es la definición clásica de ecología por Haeckel, ampliándose actualmente con la que considera la ecología como el estudio de la distribución y abundancia de los organismos (Andrewartha and Birch) y la que se enfoca hacia el estudio de los ecosistemas (Odum).

Además del tipo de relación (ecológica), otra necesaria y difícil clarificación conceptual es la relativa a lo que compone el medioambiente. Ya desde las primeras definiciones globales de medioambiente[4] ha sido amplia, abarcando no solamente el medioambiente biofísico, sino también el social: El medioambiente es el conjunto de componentes físicos, químicos, biológicos y sociales capaces de causar efectos directos o indirectos, en un plazo corto o largo, sobre los seres vivos y las actividades humanas.

Este está compuesto por dos grandes esferas: el medio biofísico y el medio social (incluyendo éste el económico y cultural y el propiamente social), de manera que el *medioambiente* es el resultante de su interrelación. El concepto de medioambiente es vasto, y además como han documentado diversos trabajos (Pardo, 2002; Dunlap & Jones, 2002) varía considerablemente su conceptualización en los diferentes estudios empíricos. Como ejemplos de esa amplitud, el medio biofísico a su vez incluye diversos elementos como son la atmósfera (aire), la hidroesfera (agua), la litosfera (el suelo), la flora (plantas) y la fauna (animales), pero además se puede considerar y distinguir entre los diferentes impactos de las actividades humanas (Pardo, 2002) sobre el medio biofísico y sobre el medio social, tales como la contaminación, la extinción de recursos, se pueden distinguir entre sus causas y sus consecuencias, etc. El tipo de ecología o de relación ecológica entre el medio biofísico y el medio social que da lugar a un medioambiente, será entonces preciso de considerar para el análisis de la conciencia ecológica. Además, todos y cada uno de esos componentes deberían ser analizados según la dimensión espacial (local, global...) y temporal (pasado, presente, futuro, y su conexión), dimensiones ambas que se han encontrado útiles en la representación de propiedades importantes de los problemas medioambientales (Dunlap & Jones, 2002). Cada perspectiva representa una manera de organizar el universo enormemente complejo del medioambiente, y al diseccionar esta complejidad no queremos producir el resultado no deseado de hacer inviable el manejo de estas categorías de análisis, sino poner de manifiesto que al no considerar estos aspectos, los resultados del análisis de la conciencia ecológica pueden resultar limitados e inconsistentes.

Una cuestión más de fondo en la conceptualización del medioambiente es que éste ha sido básicamente considerado como el ambiente exterior, estando ausente a veces la consideración del ambiente de los lugares interiores, bien sea del trabajo, del estudio, del hogar, de los lugares de consumo y de ocio. Esto es especialmente grave, pues en muchas ocasiones los niveles de contaminación y de impacto son mayores en esos ambientes internos que en los externos, con consecuencias más directas e inmediatas para los seres humanos, y, particularmente, para aquellos más vulnerables como son los niños y los ancianos. Así pues, el análisis de la conciencia medioambiental, requeriría contemplar los diversos y muy diferentes ámbitos donde se produce y reproduce las interacciones entre la esfera física y social del medioambiente, que, probablemente da lugar a definiciones específicas y diferenciadas de medioambiente.

(4) Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medioambiente en Estocolmo en 1972.

El otro componente a analizar es el concepto de *conciencia*, que hace referencia a un campo de estudio también extremadamente amplio en cuanto a explicaciones posibles, y además muy complejo, con teorías diversas (desde la neurociencia, la filosofía de las ciencias, la psicología, la física cuántica...). A efectos del análisis que aquí nos ocupa (la conciencia ecológica), estaríamos refiriéndonos a la conciencia humana de orden superior que se corresponde con el proceso de reordenamiento (recategorización) en modelos conceptuales explícitos del 'sí mismo' y del 'mundo', en este caso respecto a la cuestión medioambiental. Dos perspectivas prácticas destacan en el análisis de la conciencia ecológica de las sociedades: la perspectiva institucional de análisis de las políticas medioambientales, como expresión de esa conciencia; y la perspectiva de análisis de valores y actitudes hacia el medioambiente por parte de los individuos de esas sociedades. Aunque cada uno de estos enfoques parte de marcos teóricos diferentes con metodología distintiva, pueden llegar a combinarse de forma complementaria.

Concretamente, para el análisis de valores y actitudes individuales -objeto de este trabajo- se parte del concepto de 'valores' como aquellas creencias o convicciones acerca de que algo (el medioambiente en este caso) es bueno o malo, mejor o peor que otra cosa (Beltrán, 1999). Los valores así tienen una carga normativa y relativa en el sentido de jerarquía respecto a otro/s algo/s, y eso se constata en los resultados de las diferentes encuestas medioambientales donde el medioambiente como problema tiene una posición distinta según se trate en sí mismo o en comparación con otros problemas sociales.

Se suelen destacar tres dimensiones sicosociales de los valores: la dimensión cognitiva, la dimensión afectiva, y la dimensión de disposición a la acción.

La dimensión cognitiva por lo general se trata como las creencias y/o conocimientos que tiene un individuo sobre los problemas medioambientales. La dimensión afectiva implica un elemento emotivo y evaluativo que es sinónimo de una conceptualización estrecha de las actitudes y los sentimientos personales o de evaluación (bueno - malo; me gusta – me disgusta, etc.) sobre los temas medioambientales. La dimensión que refleja la disposición a actuar o a apoyar una variedad de acciones que pueden potencialmente impactar la calidad medioambiental. Algunos investigadores también incluyen la dimensión del comportamiento (percibido, pues se analiza mayoritariamente a través de encuestas).

Meloney et al. (1975) desarrolló un instrumento de medida de la conciencia medioambiental bastante amplio, basado en la teoría de las actitudes, incluyendo una serie de medidas sobre conocimiento, afecto, implicación verbal e implicación real sobre la cuestión del medioambiente. Aunque cada medida se enfoca sobre una expresión única de la conciencia medioambiental, los items dentro de ellas cubren un amplio rango de temas medioambientales, produciendo todo ello una técnica de evaluación de múltiples temas y múltiples expresiones. Un ejemplo más reciente de esta técnica –también basada en la teoría de las actitu-

des– es la de Kaiser et. Al (1999) para medir el conocimiento medioambiental, el comportamiento y las actitudes.

Desde el punto de vista metodológico las dos propuestas más relevantes del análisis de la conciencia ambiental son el enfoque sistémico y el individualismo metodológico, ambos tratan con fenómenos de complejidad organizada. El enfoque sistémico presupone la posibilidad de abordar la realidad como un todo, considerando sus componentes y los distintos estados de interacción entre ellos. Para esta perspectiva, el cambio de los sistemas sociales es evolutivo, pero con rupturas estructurales no evolutivas en ciertos periodos históricos. Por el contrario, el individualismo metodológico explica los fenómenos sociales a partir de la reconstrucción de las relaciones e interacciones que existen entre los individuos, de manera que el cambio social surge como resultado de la acción y la interacción de los individuos. Ambas perspectivas, aunque aparentemente contradictorias, pudieran no serlo tanto puesto que 'individuo' y 'sociedad' no son dos objetos que existen separadamente, sino dos planos distintos pero inseparables del universo humano. La mayoría de los análisis de la conciencia ambiental se basan en una perspectiva de individualismo metodológico.

Así, al interpretar los valores medioambientales no conviene olvidar que, aunque son los individuos concretos los que los portan y expresan, son sin embargo valores sociales por su origen y naturaleza. Los valores son internalizados mediante el proceso de socialización de los individuos, es decir mediante la inducción amplia y coherente de un individuo en el mundo objetivo de una sociedad o en un sector de él, en otras palabras, la educación en su sentido más amplio. El proceso de socialización está basado en la adquisición de conocimientos en la vida cotidiana de los individuos, y comporta algo más que un aprendizaje puramente cognitivo ya que se efectúa en circunstancias de enorme carga emocional. En otras palabras, el 'yo' es una entidad reflejada (aunque no mediante un proceso mecánico ni unilateral) porque es como un espejo que muestra las actitudes que primeramente adoptaron para con él o ella los otros. Los valores son históricos y relacionales, puesto que los grupos de los que el individuo forma parte (o que por algún motivo toma como referencia) influyen, condicionan o incluso determinan la elección individual. Con independencia de que los valores puedan estudiarse individualmente, desde la sociología se pone el énfasis en el hecho de que sean compartidos por más o menos gente, así como la evidencia de que sus modalidades y transformaciones están socialmente pautadas, es decir, que son fenómenos colectivos (Beltrán, 1999). Esta perspectiva es relevante para el análisis de la conciencia ecológica.

Por otra parte, la relación entre el conocimiento y su base social es dialéctica, es decir que el conocimiento es un producto social y a la vez un factor de cambio social. Este factor de cambio social es clave en la construcción de la conciencia ecológica hacia una sociedad ecológica.

CONCLUSIONES

En definitiva, podemos concluir que después de muchos años de investigación en los valores ecológicos todavía se desconoce cómo los actores re(producen) los diversos –y a veces contradictorios- significados del medioambiente en las diferentes esferas de su vida cotidiana: en el hogar, el trabajo, los lugares de ocio, en los procesos de producción o como consumidores. Entre las causas de esta situación están la falta de análisis históricos y la pobreza teórica de muchas de estas investigaciones. Algunos enfoques identifican los problemas medioambientales básicamente como problemas de valores sociales (o al menos que 'los valores' es la categoría de análisis más significativa). Sin embargo, los valores medioambientales a menudo se analizan de manera abstracta, y sin situarlos en el contexto del espacio (físico y social) y del tiempo. Otra limitación de algunos de estos trabajos es que se analizan los problemas medioambientales desconectados de los problemas medioambientales específicos, es decir, exclusivamente como componentes del cambio cultural global producido sobre todo por los denominados como nuevos movimientos sociales. El énfasis extremo que se pone en los valores hace difícil el análisis de las dimensiones más estructurales del cambio social (pe. la esfera del poder).

Se necesita avanzar en el desarrollo de marcos teóricos que conecten las esferas de los valores y el comportamiento y las perspectivas sociológicas ligadas al cambio social, así como en la mejora de la utilización de los instrumentos metodológicos cuantitativos y cualitativos para el análisis de la conciencia ecológica.

Referencias bibliográficas

- Beltrán, M. (1999) en Salvador Giner, Emilio Lamo de Espinosa y Cristóbal Torres (eds.) *Diccionario de Sociología,* Alianza, Madrid.
- Duncan, O.D. and Schnore, F. (1959) "Cultural, behavioural and ecological perspectives in the study of social organization. *The American Journal of Sociology,* LXV: 132-153.
- Díez Nicolás, Juan (2000) "La Escala de postmaterialismo como medida del cambio de valores en las sociedades contemporáneas", en F. Andrés Orizo y J. Elzo, *España 2000, entre el Localismo y la Globalidad. La Encuesta Europea de Valores en su Tercera Aplicación, 1981-1999*. Madrid: Editorial Santa María.
- Galtung, J. (1976) *Social position and the image of the future*, en H. Ornauer and others (eds.), Images of the World in the Year 2000. Paris: Mouton.
- García, E., et. al. (2000). *Encuesta Desarrollo Sostenible País Valenciá*.
- Inglehart, R. (1971) "The silent revolution in Europe: intergeneracional change in postindustrial societies", *American Political Science Review:* 65.
- (1997) *Modernization and Postmodernization*, Princenton: Princenton University Press.
- Kaiser, F. B., Wolfing, S., & Fuhrer, U. (1999). Environmental attitude and ecological behaviour. *Journal of Environmental Psychology*, 19, 1-19.
- Maloney, M. P. and Ward, M. P. (1973). Ecology: Let's hear from the people, *American Psychologist*, 28, 583-586.
- Pardo, Mercedes (2001), *Ecobarómetro de Navarra*, D.G. de Medio Ambiente, Gobierno de Navarra. Pamplona: Mimio.
- (2002) *La Evaluación del Impacto Ambiental y Social para el Siglo XXI: Teorías, Procesos, Metodología*. Editorial Fundamentos. Madrid.
- Scott, David, and Willits, Fern K., Environmental attitudes and behavior. A Pennsylvania survey, *Environment and Behavior* 26 (2 1994): 239-260.
- Stern, Paul C., Dietz, Thomas, and Guagnano, Gregory A., The New Ecological Paradigm in social-psychological context, *Environment and Behavior* 27 (6 1995): 723-743.